

de los sentimientos de Lutero, y aun añade á él otros errores: enseña que el libre albedrío ha sido enteramente estinguido por el pecado: que Dios ha criado la mayor parte de los hombres para condenarlos, no á causa de sus crímenes, sino porque así le agrada: impugna la invocacion de los santos, el purgatorio y las indulgencias: es de dictámen que deben abolirse el papa, los obispos y los sacerdotes, é igualmente las festividades, el culto esterior y las demas sagradas ceremonias que sirven de un socorro muy poderoso para elevar nuestra alma á la adoracion del Ser supremo. Lutero, á pesar del deseo que tuvo, de negar la presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía, estaba tan convencido de su verdad, que jamás pudo abandonar este dogma. Calvino abrió un camino, y se atrevió á rechazarlo. Es verdad que precisado por la fuerza de estas palabras de Jesucristo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, y obligado por la fé constante y universal de este misterio, dá á conocer un grande embarazo en la manera de esplicarsé, y parece que se avergüenza de su propia doctrina: este es un forzado homenaje que dá á la verdad, al mismo tiempo que la combate. El novador hizo diferentes viages para difundir su veneno. Vino despues á establecerse en Ginebra, que algunos años antes habia hecho salir á su obispo, y abrazado el luteranismo: ejerció el empleo de predicador y profesor de teología. Habiendo adquirido mucho crédito, hizo de esta ciudad como el centro de su secta, y desde allí sopló el fuego de la heregía y de la discordia á la Francia y otras partes de Europa. Su poder era absoluto en Ginebra, y nadie

se atrevia á resistirle, porque ninguno lo hubiera hecho impunemente: no podia sufrir que nadie pensase de diverso modo que él; y este hombre que predicaba que no se debia escuchar á la Iglesia, ni obedecerla, escigia de los otros una ciega sumision á todo lo que á él le agradaba definir. Hizo quemar en Ginebra al médico Miguel Gerved, por haber avanzado algunos errores sobre el misterio de la Santísima Trinidad; y sin embargo él declamaba con furor contra la justa severidad que se usaba en Francia con los hereges; así, la iniquidad se miente á sí misma. Cuando no podia vengarse de otro modo, se abandonaba á un furor indigno, no solo de un reformador, sino aun de un hombre honesto, y prodigaba á sus adversarios los epítetos de bestia, de asno, de perro rabioso, de puerco &c. ¡Qué extraño lenguaje en la boca de un hombre que quiere pasar por un apóstol! Que se compare este lenguaje con el de San Pablo, y por el contraste se verá la diferencia que hay entre los enviados de Dios y los que no han sido sino los órganos del demonio, de la heregía y de la impiedad.

#### VIOLENCIAS DE LOS PROTESTANTES.

LA heregía es cruel y enemiga de toda subordinacion. Los arrianos habian escitado los mas grandes disturbios, y puesto por obra las violencias mas horribles. Lo mismo han hecho los protestantes; no han tenido mas respeto al poder del príncipe que á la autoridad espiritual del papa. "Si me es per-

mitido, decia Lutero, hablando de su soberano, por amor de la libertad cristiana, no solamente menospreciar, sino aun pisar los decretos de los papas y cánones de los concilios, ¿pensais que yo tengo respeto á vuestras órdenes, de suerte que las mire como leyes?" "El Evangelio, dice en otra parte, ha causado siempre disenciones, y es preciso derramar la sangre para establecerlo." ¿A qué horribles escenas no ha dado lugar esta sediciosa doctrina en toda la Europa? En Alemania, los luteranos se reunieron, tomando las armas, y llevando el estermio hasta las provincias de Suevia, Franconia y Alsacia: ellos saquearon y quemaron las Iglesias; destruyeron los monasterios y los castillos; pasaron á cuchillo á los sacerdotes y á los religiosos; formaron un ejército de setenta y dos mil hombres, y el emperador Cárlos V tuvo bastante trabajo para contenerlos. ¿Qué de sangre no ha derramado en la Francia el calvinismo? Este reino fué destrozado durante tres reinados, por las continuas facciones, por las guerras civiles y por las batallas sangrientas: no se puede leer la historia de esta heregía sin estremecerse al escuchar los excesos que cometió, ó á los que dió ocasion: se han contado hasta veinte mil Iglesias que estos revoltosos fanáticos han destruido en todo el discurso de estas guerras: en solo la provincia del Delfinado, mataron doscientos cincuenta y seis sacerdotes, y ciento doce monges: quemaron novecientas ciudades ó villas. Su furor se encarnizaba aun contra los mismos muertos: le han llevado hasta el exceso de profanar con manos sacrilegas las preciosas reliquias de los mártires y confesores de Jesucristo: han echumado, prevalidos de

la fuerza, los cuerpos santos, arrancándolos de los sagrados depósitos donde se conservaban: los arrojaron al fuego, y esparcieron al viento sus cenizas. Basta citar dos ejemplares de esta cruel impiedad. En 1562 rompieron el relicario de San Francisco de Paula, en Plecis de las Torres; y habiendo encontrado su cuerpo sin corrupcion alguna, lo arrastraron por las calles, y lo quemaron en el fuego que habian encendido con la madera de una gran cruz. En el mismo año robaron en Lyon la caja de reliquias en que estaba San Buenaventura: llevaron todas sus riquezas; quemaron las reliquias del santo, y arrojaron sus cenizas en las aguas del Saona. Si las máximas de la religion ó pretendida reforma, autorizan tales excesos, ¿puede ser su Evangelio el Evangelio de Jesucristo? Dijo Ntro. Señor Jesucristo á sus apóstoles cuando los envió por el mundo: "Yo os envio como ovejas en medio de los lobos: no opongais vosotros á su crueldad mas que la paciencia y la dulzura." El Señor, sin duda, ha permitido que se derrame la sangre para establecer el Evangelio; pero esta sangre no fué sino de las ovejas; y si se derramaba, era por medio de los lobos mismos. Los fieles no aprendieron entonces de los apóstoles otra doctrina que la de la paciencia y de la sumision á los soberanos, á quienes estuvieron invariablemente adictos. Decian por la boca de S. Justino, en su apología: "Nuestras esperanzas no están fundadas sobre el mundo presente, y por esto no hacemos ninguna resistencia al verdugo que viene á degollarnos." Decian á los emperadores: "Nosotros no adoramos sino solo á Dios; en todo lo demas os obedecemos con gusto." Decian tambien con Ter-

tuliano: "Como cristianos, rogamos á Dios que conceda á los emperadores una larga vida, un reinado pacífico, seguridad en lo interior, armas victoriosas en lo exterior, un senado fiel, súbditos obedientes, una paz universal, y todo lo que un hombre y un emperador pueden desear." ¡Qué diferencia entre este espíritu del cristianismo y el de la pretendida reforma!

#### VARIACIONES DE LAS IGLESIAS PROTESTANTES.

UNO de los caracteres de la heregía, es estar sujeta á las divisiones y variaciones en sus dogmas. Como ella ha sido compuesta por el propio espíritu de su autor, cada individuo en particular se considera tambien con derecho para mudar y modificar por su propio espíritu lo que él ha recibido: el autor de una secta no tiene mas derecho que sus secuaces para hacer innovaciones. Se ha visto esta estabilidad de doctrina en los arrianos, en los pelagianos &c., y no ha sido menos sensible en los protestantes. Lutero y Calvino no han podido contener á sus prosélitos en los límites que ellos les prescribieron; así, era contra la mácsima fundamental de la secta, traspasar estos límites. Ellos habian anunciado una libertad que llamaban evangélica, hasta entonces desconocida, en virtud de la cual cada particular era dueño de arreglar su creencia. ¡Y qué podria resultar de esta libertad, sino una estraña confusion de doctrina, y una perpetua variacion? "Los que han truncado un solo artículo de la fé, decia en el siglo V el célebre Vicente Lerins, bien

pronto atacarán los otros. ¡Y cuál será la consecuencia necesaria de este modo de reformar la religion, sino que sus reformadores nunca descansarán, sino que la mudarán sin cesar, hasta que no quede de ella la menor señal? Esto es lo que ha sucedido en la nueva reforma: despues de haber sacudido el yugo saludable de la autoridad de la Iglesia, ya no ha tenido principio de unidad, porque solo esta autoridad puede poner freno á la licencia del espíritu. La nueva reforma, abandonada al ec-sámen y al juicio de cada particular, ha variado mil veces; ha tomado mil formas diferentes; se ha dividido en *anabatistas*, en *cuáqueros*, en *armenios*, en *gomaritas*, en *episcopales*, en *puritanos* y en *socinianos*, que tienen todos dogmas opuestos, y que solo están acordes en su odio comun á la antigua fé, y en el desprecio de toda autoridad. Casi siempre han visto levantarse nuevos predicadores, que descontentos de lo que los gefes habian establecido, no cesaban de hacer algunas variaciones; de allí las diferentes confesiones de fé que se contradicen mútuamente. Los gefes mismos no permanecian firmes en su primer plan de religion; lo que construian hoy, lo derrivaban al dia siguiente: se les puede aplicar bien lo que San Hilario de Poitiers decia á los arrianos: "Vos os semejais á aquellos arquitectos ignorantes que nunca están contentos de su obra: no haceis otra cosa que fabricar y destruir. Hay en efecto tantas confesiones de fé diferentes, como hay hombres; y tan gran variedad en la doctrina, como en las modas. Cada año, cada mes, se ve salir á luz una confesion de fé: os avergonzais de las antiguas, y forjais otras nuevas,

para abandonarlas despues." Su inconstancia sobre este punto, era tan visible, que ellos mismos no han podido dejar de sentirlo. He aquí como se expresa uno de sus teólogos (\*): "¿Qué clase de gentes son nuestros protestantes, que se estravian á cada momento; vuelven despues sobre sus pasos; se dejan llevar de todo viento de doctrina, ya de una, ya de otra parte! Vos, acaso, podeis conocer cuáles son hoy sus sentimientos en materia de religion; pero no podreis nunca estar seguros de que estos mismos tendrán mañana. ¿Sobre qué artículo de la religion, estas Iglesias que se han separado de la de Roma, están acordes? Ecsaminad todos los puntos de su creencia; desde el primero hasta el último, apenas encontrareis un solo artículo afirmado por tal ministro, que prontamente no le veais condenado por otro, como una doctrina impía." Nada tiene que admirar que así se descarrien los que no tienen guía para conducirse: ellos han abandonado la Iglesia, á quien Jesucristo mandó escuchar. Encontrándose solos y sin conductores, se perdieron en sendas desconocidas, en donde el espíritu de seducción los ha encaminado, y se separaron por mil caminos, diferentes de la verdad, que es una sola. No sucede así á la Iglesia católica. ¿Qué constancia en su gobierno y en su conducta! Fundada sobre Jesucristo, y gobernada por él, segun su promesa, jamás varía en su doctrina: su fé es siempre la misma: ella la ha recibido de su divino Fundador, y ha conservado inviolablemente este depósito sagrado: ninguna innovacion permite sobre este artículo.

(\*) Dusio, carta á Besa.

(AÑO 1583 DE JESUCRISTO.)

## CISMA DE INGLATERRA.

Las pasiones de los príncipes son ordinariamente la causa de las revoluciones que sobrevienen en sus estados, y particularmente de que lleguen á mudar de religion: esto es lo que justamente esperiméntó la Inglaterra, en donde la fé habia estado al principio tan floreciente, que le llamaban la Iglesia de los Santos. Se habia distinguido el celo de Enrique VIII en defensa de la fé católica, cuando comenzaba á propagarse el luteranismo: habia publicado severos edictos contra los sectarios de Lutero, para impedir que la heregía naciente infestase su reino: aun habia hecho mas, habia compuesto él mismo una obra para combatirla; pero una criminal inclinacion estinguió en su corazon tan felices disposiciones, y fué causa de la desgracia de su reino. Habia casado, con dispensa, con Catarina de Aragon, viuda de su hermano, y diez y ocho años habia ya subsistido esta union, cuando este príncipe abrió su corazon á la pasion, que le precipitó á él y á su reino en un cisma deplorable. Quiso dar el nombre y el rango de reina á Anavolena, á quien amaba: para esto era necesario disolver su primer matrimonio, como si hubiese sido ilegítimo: pretendió con mucho empeño que en Roma se despachase este asunto, segun su deseo. El papa Clemente VII, despues de haberlo ecsaminado, juzgó que las

razones que se alegaban para el divorcio, no eran fundadas, y rehusó separar lo que Dios había unido: pronunció también una sentencia de excomunion contra Enrique, si no volvía á recibir á su legítima esposa. Entonces este príncipe apasionado, se dejó llevar de todos los transportes de su injusto resentimiento: no quiso reconocer la autoridad del soberano pontífice; y por una acta solemne del parlamento de Inglaterra, hizo que le declarasen jefe supremo de la Iglesia Anglicana. Sostuvo este descarrío cismático por una violenta persecucion contra los que no quisieron suscribir á esta declaracion. Tomás Moro, gran canceller; y Fischer, obispo de Rochester, fiteron las primeras víctimas de su furor, y los hizo degollar porque habian rehusado reconocer su supremacia eclesiástica. Entonces el canceller dió esta bella respuesta: "Si yo juzgase por mis propios sentimientos, desconfiaria de mis luces, y preferiria las del consejo de Inglaterra; pero en este asunto es mi guia la Iglesia toda: este es el gran consejo de los cristianos." El suplicio de estos dos hombres ilustres, fué como el ensayo de un gran número de sangrientas ejecuciones; y Enrique, que hasta entonces no se habia manifestado inclinado á la crueldad, se convirtió en un príncipe violento y sanguinario. Para vengarse de los religiosos que perseveraban en la obediencia debida á la santa sede, suprimió los monasterios, y se apropió de sus rentas: parecia que no se habia hecho jefe de la Iglesia de su reino, sino con el fin de tener motivo para robarla. Se casó con Anavolena, que era la causa de tantas turbaciones; pero disgustado bien pronto de ella, le hizo cortar la cabeza, y contrajo

otro nuevo enlace, á que siguieron otros cuatro. De esta manera Dios castigaba los primeros excesos de este desgraciado príncipe, con otros nuevos, y lo entregaba á los desarreglados deseos de su corazon. Enrique murió despedazado de los remordimientos de su conciencia. A pesar de sus estravíos, en nada habia variado la doctrina; pero al cisma siguió pronto la heregía: los nuevos errores no podian dejar de ser bien recibidos en un pais tan dispuesto á la revolucion: aun estando vivo Enrique, el luteranismo comenzaba á estenderse allí sin conocerlo, y contra su voluntad. Despues de su muerte, Eduardo VI abolió enteramente la religion católica, y estableció la pretendida reforma: se suprimió la misa; las imágenes fueron destruidas; las Iglesias saqueadas y profanadas; las cátedras ocupadas por los predicadores, que atacaban públicamente los antiguos dogmas, y las santas ceremonias de la religion. Para juzgar bien de la reforma Anglicana, basta recordar lo vergonzoso de su origen y la impiedad de sus atentados. El mismo Enrique VIII lo juzgó de esta manera, en el lecho de la muerte, en aquel fatal momento, en el que la ilusion se disipa y la verdad brilla con todo su esplendor.

(AÑO 1541 DE JESUCRISTO.)

### CONVERSION DE LAS INDIAS.



EL celo de Francisco Javier reparaba ventajosamente las pérdidas que la Iglesia sufría en Europa

con el cisma y la heregía, ganando entonces para Jesucristo, países inmensos, pueblos innumerables. Javier era originario de una familia noble en el reino de Navarra: estudió en París, y allí enseñaba la filosofía en la universidad, cuando se unió á San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, y vino á ser uno de sus primeros discípulos. Habiendo sido electo por el papa Pablo III, para llevar el Evangelio á las Indias Orientales, en donde los portugueses habian formado nuevos establecimientos, se embarcó en Lisboa en 1541, y abordó, despues de una larga navegacion, á Goa, capital que en aquel país pertenecia al dominio de Portugal. El deplorable estado en que encontró allí la religion, le hizo derramar lágrimas, y enardecer su celo. Como la vida escandalosa de los cristianos, en las Indias, era el mayor obstáculo que se oponia á la conversion de los idólatras mezclados con ellos, comenzó sus trabajos apostólicos, haciendo que estos malos cristianos volviesen á los verdaderos principios de su religion. Para conseguirlo, se aplicó á formar una juventud virtuosa: reunia á los niños y los llevaba á la Iglesia para enseñarles el símbolo de los Apóstoles, los mandamientos de Dios y las prácticas de la vida cristiana. La piedad de estos niños edificó á toda la ciudad, cuyo aspecto cambió bien pronto: los pecadores comenzaron á avergonzarse de sus desórdenes, y venian á pedir á Javier sus consejos: él los recibia con bondad, los instruia, los eshortaba, y casi á todos los convirtió con su dulzura y su caridad. Pasó despues á la costa de la Pesquería, cuyos habitantes habian recibido el bautismo, y sin embargo, conservaban siempre sus

supersticiones y sus vicios. Para ponerse en estado de poder sacar mas fruto, estudió la lengua malabar, y á fuerza de trabajo tradujo en este idioma el símbolo de los Apóstoles, el decálogo, la oracion dominical, y en fin, todo el catecismo. Aprendió de memoria su traduccion, y se puso á recorrer las villas, predicando á Jesucristo. Su predicacion, confirmada con milagros, produjo abundantes frutos: el fervor de esta cristiandad naciente era admirable: de una nacion abandonada á todos los vicios, formó un pueblo de santos: muchos pecadores mudaron de vida, y la multitud de infieles que pedia el bautismo, era tan grande, que Javier, agoviado de la fatiga, casi no podia levantar los brazos. Animado por estos primeros sucesos, avanzó á los países vecinos que aun no tenian conocimiento de Jesucristo; y en poco tiempo tuvo el consuelo de ver á los habitantes destruir los templos de sus ídolos, y en su lugar edificar Iglesias. El siguiente año pasó al reino de Trabarcon, en donde bautizó con sus propias manos diez mil idólatras, en el espacio de un mes. Se fabricaron en este país cuarenta y cinco Iglesias, y Francisco, que ordenó en persona todas estas particularidades, añade, que era un espectáculo muy tierno ver á estos infieles convertidos, correr á competencia á demoler sus templos. La reputacion del santo apóstol se estendió hasta las estremidades de las Indias, y de todas partes le suplicaban que viniese para oír sus instrucciones, y recibir el bautismo. En medio de esta rica cosecha, Francisco enviaba cartas á Italia y á Portugal, para pedir obreros evangélicos. En los transportes de su celo hubiera querido que todos los doc-

tores de las universidades de Europa. se hiciesen misioneros. Viajó por la isla de Manát, por Cochin, por Meliapur, por Malác, por las Molucas y por Ternate: en todas partes obró un prodigioso número de conversiones, y en cada punto formó una numerosa Iglesia de los que bautizaba. A fuerza de increíbles penas, y entre toda clase de peligros, producía tan multiplicados frutos, que sería difícil explicar todo lo que tuvo que sufrir en sus diferentes misiones; pero estaba bien recompensado de todo, con los consuelos interiores que recibió. "Los peligros á que he estado espuesto, escribe él mismo á S. Ignacio, los trabajos que yo emprendo por los intereses de Dios, únicamente son para mí, fuentes inagotables de un gozo espiritual: yo no me acuerdo haber gustado tantas delicias interiores; y estos consuelos del alma son tan puros, tan dulces y permanentes, que quitan el sentimiento de las penas del cuerpo." De este modo, en medio de estas dulzuras celestiales que se le concedían sin medida, suplicaba á la divina bondad que moderase sus escesos.

---

#### CONTINUACION DE LOS TRABAJOS APOSTOLICOS

DE SAN FRANCISCO JAVIER.



**S**AN FRANCISCO JAVIER, cuyo celo no conocía límites, se embarcó para ir al Japon, y llegó en 1549 al reino de Saxuma. Con los socorros de un habitante de aquellas comarcas, á quien él habia con-

vertido en la India, tradujo en la lengua del país el símbolo y la esplicacion de cada uno de los artículos de que se compone. Habiendo logrado una audiencia del rey, obtuvo el permiso de anunciar la fé: hizo un gran número de conversiones; pero turbaron su gozo las persecuciones que esperimentó de parte de los bonsos ó sacerdotes del país, que al fin llegaron á indisponer al rey contra él. Partió, pues, para dirigirse á Firando, capital del otro pequeño reino, y fué en él bien recibido del príncipe, que le permitió predicar la ley de Jesucristo en todos sus estados. El fruto de sus predicaciones fué extraordinario, y convirtió allí mas idólatras en veinte dias, que los que habia convertido en un año entero, en Saxuma. Dejó esta cristiandad bajo el gobierno de un misionero que le habia acompañado, y se puso en camino para dirigirse á Meaco, ciudad capital de todo el Japon: pasó por Amangucio, en donde reinaba una horrible corrupcion de costumbres: sus predicaciones no sacaron fruto, y sufrió muchos insultos y afrentas. Habiendo llegado á Meaco, no fué allí mejor atendido, y vió con dolor que los espíritus no estaban aún dispuestos para recibir la verdad: volvió, pues, á Amangucio, y como hubiese conocido que la pobreza de su exterior habia chocado á los habitantes de esta ciudad é impedido que hubiese sido recibido en la corte, creyó deberse acomodar á las preocupaciones del país, y se presentó allí con un aparato y una comitiva capaces de captarle el respeto, é hizo al príncipe algunos presentes: por este medio obtuvo la proteccion del rey y el permiso de anunciar el Evangelio. Bautizó tres mil personas en esta ciudad, y se-